

**SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**29 de junio de 2007**  
**Mt 16, 13-19**

Celebramos con gozo hoy, hermanos y hermanas amados, la solemnidad de los dos grandes apóstoles san Pedro y san Pablo, columnas de la fe de la Iglesia por su testimonio de Jesucristo. Nuestra fe cristiana es deudora de la de ellos; nuestra comunión eclesial se alimenta de sus enseñanzas.

Hemos oído en el evangelio que Jesús cambiaba el nombre a Pedro. De *Simon bar Iona* pasa a ser Pedro, pasa a ser la piedra sobre la cual Jesús edificará su *Iglesia*, el pueblo de la nueva alianza. Le cambia el nombre a causa de la profesión de fe que ha hecho inspirado por el *Padre del cielo: Tu eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*. Es sobre este reconocimiento de la identidad íntima y plena de Jesús, el profeta de Natzaret, que será construido el nuevo pueblo de Dios.

Jesús cambia el nombre de Pedro y ya antes le había modificado la profesión. De pescador de peces como era, lo hizo pescador de hombres (Mt 4, 18-19). La modificación del oficio estaba estrechamente relacionada con el futuro cambio de nombre. Hay, sin embargo, una diferencia notable entre ser pescador de peces y ser pescador de hombres. Mirad, sino. Los peces cuando son pescados mueren; en cambio, "pescar hombres" es para hacerlos vivir, para que no se ahoguen. El mar o el lago son vistos, en la Biblia, como la morada de las fuerzas del Mal y el lugar de la Muerte. La misión que Jesús confía a Pedro y a los otros apóstoles es, pues, de liberar la humanidad de todo el que la esclaviza, de restablecer los hombres y las mujeres en su dignidad humana y en su dignidad trascendente de hijos y hijas de Dios. San Pedro es constituido como piedra, como roca donde apoya la fe cristológica de la Iglesia y a la vez es llamado a ser liberador de personas para que no se ahoguen en el mar del egoísmo, de la autosuficiencia, del desamor, en el abismo de la carencia de sentido, del error, del pecado.

Las dos misiones se encuentran. Porque Pedro es pescador, liberador, por medio de la proclamación de Cristo. Es la fe en Jesús como *Mesías, el Hijo de Dios vivo*, que libera radicalmente, que salva del Mal y de la muerte para siempre. Una fe que es firme, sólida, porque es el Padre quien le ha revelado, por medio del Espíritu, la identidad divina de Jesús. Pero es una fe vivida desde la debilidad. Pensemos en la capacidad de Pedro para caminar sobre el agua -de no hundirse en el mal- mientras mantiene la fe en Jesús, y en cambio, en el hecho de hundirse cuando duda de la palabra del Maestro (cf. Mt 14, 22-33). Pensemos, todavía, en sus tres negaciones durante la pasión de Jesús. Una fe, sin embargo, que se fragua en Pascua, después de las primeras incertidumbres. Nuestra fe encuentra su modelo y su sostén en la de Pedro. Y su debilidad humana nos consuela en nuestros desfallecimientos. Ahora, pues, glorificado con Cristo después de su martirio, continúa resonado sin tambalearse su proclamación de la fe liberadora: *Tú eres el Mesías* -el Cristo-, *el Hijo de Dios vivo*. Y anima nuestra fe cristiana impulsándonos a ser apóstoles, a ser también pescadores, liberadores de nuestros contemporáneos que se encuentran con el mal, la angustia, la injusticia, con la oscuridad del corazón y de la inteligencia, con un horizonte sin salida trascendente.

También san Pablo, el otro gran apóstol que hoy celebramos, vio cómo la fe en Jesucristo le cambiaba la vida y la dedicación al trabajo. Había sido educado en la Ley de Israel desde pequeño y tenía el oficio de fabricar tiendas (cf. Hch 18, 3). Pero una vez que el Padre le reveló, también por la fuerza del Espíritu Santo, a su Hijo Jesús (cf. Gal 1, 15-16), se dio totalmente, sin temer las tribulaciones y las persecuciones, a la causa del Evangelio, a dar a conocer la revelación de Jesucristo que había recibido y la realidad íntima de la Comunidad cristiana, de la Iglesia que Dios se reunía como esposa de Cristo y sacramento para todos los pueblos. La Iglesia que era y es la tienda, el tabernáculo donde Dios se deja encontrar en plenitud. El apóstol Pablo también nos da un mensaje a partir de su oficio de fabricar tiendas y de la experiencia que tenía de estos habitáculos. Un mensaje válido para todos los tiempos que es portador de esperanza: *Sabemos* -dice- *que si esta tienda, donde nosotros habitamos en la tierra, se destruye, tenemos*

*una casa hecha por Dios, una morada eterna en los cielos [...] Los que vivimos en esta tienda corporal, suspiramos angustiados* (2C 5, 1-4). Sin embargo, el Espíritu hace que a medida que se debilita nuestro cuerpo, nuestra vida espiritual pueda ir creciendo en la vida divina, de manera que nuestro deseo de plenitud, nuestro anhelo de vivir para siempre, se vean satisfechos por Jesucristo. Pablo, pues, nos hace conocer el destino trascendente de la persona humana y que *el Reino de la muerte* no tiene un poder definitivo.

También san Pablo, pues, se ha convertido en pescador, liberador, de hombres y mujeres con su testimonio de palabra y por escrito. Un testimonio que, incluso después de que le llegara *el momento de soltar las amarras y dejar el puerto* por medio del martirio, continúa atravesando los siglos y siendo portador de gozo y de vida.

San Pedro y san Pablo nos ofrecen un testimonio común sobre Jesús de Nazaret como Mesías, Hijo del Dios vivo. Los dos vieron como Cristo cambiaba sus vidas. Y uno y otro pusieron su experiencia profesional al servicio del Evangelio. Pedro se vio convertido en pescador de hombres; es decir, en liberador de tantas cautividades que ahogan la realidad más íntima de las personas, empezando por la enemistad con Dios y continuado con tantos tipos de opresión que se dan en el mundo. Pablo, con su experiencia de fabricante de tiendas, sabía de la fragilidad de estos cobijos y las veía como una imagen de la fragilidad humana. Los dos proclaman a lo largo de los siglos que lo que esclaviza al ser humano, las fragilidades que experimenta, encuentran su remedio radical en la fe cristológica y en la salvación que Dios nos ofrece en la Palabra y los sacramentos confiados a la Iglesia.

Todos los que estamos aquí compartiendo nuestra fe cristiana, hemos visto como Jesucristo también ha cambiado nuestras vidas y nuestras tareas. Hoy, viendo el testimonio de san Pedro y san Pablo y la gloria pascual de la que gozan, se lo agradecemos profundamente porque sabemos que estamos llamados a compartirla. Y, con la fuerza del Espíritu, queremos ser continuadores de la difusión de la Buena Noticia, del Evangelio del perdón, de la liberación, de la vida eterna, a favor de todos nuestros contemporáneos.

La Iglesia continúa ofreciendo a la humanidad el testimonio de los apóstoles sobre Jesucristo, como una respuesta plena, integradora de la persona y armonizadora de la convivencia humana. En la comunión eclesial, la solemnidad de hoy nos lleva a recordar con estima fraterna la Iglesia de Roma, que preside todas las otras en la caridad (san Ignacio de Antioquía), y su obispo, el Papa Benedicto XVI. Y a compartir con ella, como lo hace la Iglesia de Constantinopla y toda la Iglesia extendida de Oriente a Occidente, el gozo del triunfo martirial de sus Patrones san Pedro y san Pablo.

Hagamos eucaristía, agradeciendo a nuestro Dios, la Santa Trinidad, el don de estos apóstoles de Cristo y dejemos que el misterio que celebramos transforme nuestras vidas para una mayor identificación con Jesucristo, una mayor vivencia eclesial, y un mayor testimonio en nuestro mundo.